

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

La Liga del ganso, del águila y de la paloma

Al fin, la institución paquidérmica de apollada vetustez, se partió en dos, con la respectiva desolación de los escudrones de burócratas, convertidos en marmirones: presuntos hacedores de una felicidad internacional, y en realidad eximios manipuladores de guisos y salsas secretas. Había que contentar el gusto estragado de la clientela antigua, verdaderos *gourmets* para la intriga subterránea de las catacumbas de la diplomacia, donde el empleo de la linterna sorda es de rigurosa necesidad. Esta vez el tropiezo ha sido formidable, por más que fuera el único final esperado por un núcleo de hombres sensatos.

Felicítase la idiotéz universal, por rato largo no tendrá Liga de las Naciones. Para nosotros nunca existió. Poseía todas las cualidades repugnantes del feto intelectual. Algo a medias, en una anfibiaidad completamente estéril. Era el vivo retrato de sus padres putativos y espirituales. Era, además, un verdadero *tour de force* el hecho de pretender amasar, conciliar concepciones mechadas de un idealismo trasnochado, con otras imbuídas de franca rapiña. Wilson, en su chochera, quiso realizar lo de un fraile del medioevo: el híbrido injerto de una paloma, de un ganso y de una águila.

Eso demuestra elocuentemente la confusión, el caos de la mentalidad burguesa. Son mentes complicadas, no complejas. Por eso enriedan, complican, enturbiaban las visiones más claras de la vida. Esto, cuando existe una elemental sinceridad, como pudo haberla en el caso de Wilson, pues pagó ese esfuerzo con el quebranto mortal de su salud. Convertido demasiado tarde a la idea del liberalismo, agobiado por prejuicios seculares y con un bagaje de normalista, esa Liga fue su auténtico aborto. Y de ese aborto, los politiqueros de la extenuada Europa, se aprovecharon para convertirlo en sus catacumbas y tramar la red con que están aprisionando el mundo.

Asombra, causa intensa estupefacción, comprobar cómo la bestezuela humana trabaja, se agita, se revuelve para hacer de los asuntos más simples, madejas de hilos inhallables; afligiéndose luego y angustiándose solamente porque no quiso tomar el camino más recto y corto por parecerle demasiado sencillo, demasiado llano. Un hombre ignaro siempre desconfiará de la sencillez, como si hubiese una trampa, un engaño escondido. Es a ese patrón que se ajusta la mentalidad, o más bien la psicología del politicista burgués. Es su más fiel servidor y explotador al mismo tiempo.

Pero cuando esas mentalidades se trepan a las altas esferas de la política y se adhieren a los asuntos internacionales, hay que añadir a esa vieja manía de complicar las cosas la mala fe y la doblez de

las intenciones en todo el despliegue de la astucia ruin. Entonces todas las tragedias, malentendidos, las catástrofes son posibles y hacederas. Y la Liga ha sido el vivero de todas ellas. Al terminar una, tenía preparada otra. No estaba propiamente en el mecanismo, ya de por sí viciado, sino en los hombres de un ideario en abierta pugna con las conquistas de la dignidad y del ingenio humano.

Poco o nada importa esta última trama ya de las potencias tiburozas. Ellas, Gran Bretaña, Francia y Cia., después de haber conjurado el peligro de un posible concierto de Alemania con la diplomacia moscovita, buscaron un ardid para dejarla sin asiento en la Liga, obligando ahora a perpetuarse en un statu quo que, vedándole temporalmente la alianza con Rusia, podía favorecerlas a ellas en sus posteriores maniobras en el seno del Consejo. Brasil, por supuesto, fué el motivo visible de la definitiva ruptura. Lo único es el cacareo jactancioso de estos pobres diablos de gobernantes y políticos brasileros, quienes sólo sirvieron de instrumento.

Pero, como decimos, poco importa esta incidencia, porque cualquier acontecimiento de parecida índole podía provocar de idéntica manera el quebrantamiento de esa institución internacional. En su calidad de feto, ya llevaba el germen de la muerte.

Se pretende resucitarla dentro de un plazo prudencial. Vano intento, — aunque para la vieja farsa política de los merodeadores internacionales, todo esto es un suculento negocio.

Vano intento, repetimos, de estos enterradores de la paz mundial. ¿Cómo pueden los representantes de un régimen general de iguominia, los Briand, los Chamberlain, los Mussolini — no obstante los nombres sean lo de menos, — organizar siquiera una paz temporal que dure una cincuentena de años, si sus secretos designios son los de continuar armándose, aplastando a los pueblos con tremendos presupuestos de guerra y marina. ¿Cuántos trabajos no se dan, no se cargan encima en un andar y venir de Skifo para huir a ese eterno problema, de desarmar los espíritus?

La misma atmósfera moral que presidió la catástrofe sigue siendo la de estos tiempos. Y peor quizás. Desatadas las bridas del instinto carnívoro de la fiera humana, sigue subsistiendo y subsistirá por mucho tiempo todavía, azuzado como se halla por todos los gobiernos de fuerza.

No es en ellos, los decrepitos estafermos que hoy por hoy rigen los destinos de la menguada Europa; los reaccionarios disfrazándose de palomos, que depositaremos nuestra fe de soñadores, por cierto. Lejos de esto. Es una fuerza oscura que está gestándose, dispersa energía, ejército to

avía invisible de almas sedientas de justicia, quienes aparecen siempre en los momentos más turbios de la humanidad. No se hallan en una sola clase, la de los desheredados solamente, en las milicias del hambre, se encuentran en todas partes. Y ese es el signo más manifiesto de que mientras se está forjando nuevas matanzas colectivas, hay paralelamente otra parte de la humanidad que piensa en contrarrestarlas. Es la labor lenta del libro, de la educación personal, la prédica cotidiana de todos los hombres que sinceramente odian el presente porque aman el porvenir. Podríamos dar ejemplos de este reguero de fe que recorre subterráneamente la base de las sociedades contemporáneas roídas por el lujo monstruoso, lujercálico, por el alcohol y los tóxicos.

Basta leer el libro "Realities of War" — *Realidades de la guerra* — para comprender que en esas palabras melancólicas — al comprobar que los viejos com-

batientes de la guerra reniegan ahora de la revolución que prometieron hacer con sus propias manos, como ejemplar escarmiento — late vívida una esperanza de futura redención.

Riamos de estas carcasas matusalónicas, de un Mussolini, que habla de paz internacional y hace asesinar a destajo en su querida patria; confeccionando así un caldo de cultivo donde toda la flora microbiana de la guerra está pronta a saltar; riámonos de los Poincaré y de todos los que abogan por la violencia sangrienta en casa, que fuera se presenten como corderos pascuales.

Crean que con decretar en un congreso el desarme siempre parcial y la paz futura, se podrá cumplirla, antes, sin arrancar de raíz todos los métodos que apuntalan la patria, la iglesia, es decir todas las iguominias, que procuran convertir a los hombres en tantas manadas de lobos contra los lobos mismos.

FABULA QUE NO LO ES



Tanto elogió el zorro la voz del cuervo, que éste, por pagar su vanidad, graznó y se le fué el queso, que es lo que esperaba don Juan.

(La Argentina es el cuervo. El zorro, la Liga de las Naciones)

D. A. DE SANTILLAN

De la revolución y la contrarrevolución LOS SUCESOS DE LA MARINA ALEMANA EN 1917

De la mano de los documentos sacados a la luz pública recientemente por el diputado socialdemócrata Wilhelm Dittman, queremos resumir los sucesos de la marina alemana en 1917, que podrían ser prodigios de enseñanza para los trabajadores si éstos quisieran abrir los ojos a la realidad.

El diputado Dittman es una personalidad prominente de la socialdemocracia y fué uno de los dirigentes del partido socialdemócrata independiente que se formó durante la guerra en oposición al grueso del partido, reaccionario hasta la médula y más patriota que la corte imperial. Dittman pertenece al comité parlamentario de investigación de los sucesos de la marina, y como tal ha promovido gran escándalo periodístico con sus descubrimientos, que no constituyen más que una parte mínima de los crímenes de la oficialidad imperial y que no son más repugnantes que los crímenes socialdemócratas contra la revolución.

La misión principal de Dittman consistió en probar que el partido socialdemócrata independiente, no ha tenido ninguna participación en los amotinamientos militares, como se ha sostenido por sus adversarios políticos. El proceso de Munich demostró hasta la saciedad que era una gran injusticia acusar a la socialdemocracia en general de haber abrigado pensamientos revolucionarios. Dittman reivindicó a su anterior partido de toda sospecha de revolucionarismo. La franqueza con que los socialdemócratas todos confiesan su amor a la patria y sus deseos fervientes de servir al capitalismo y al emperador, es ciertamente conmovedora. Esa franqueza los reivindicó a nuestros ojos. Más vale un enemigo declarado que un amigo traidor. Si alguna vez hemos odiado cordialmente a los jefes socialdemócratas alemanes, después de los procesos de Magdeburg y Munich, y del discurso de Dittman mencionado, todo nuestro odio ha desaparecido. En cambio sentimos sólo un infinito desprecio hacia las masas obreras que esperan majaderamente su salvación de esos convictos y confesos servidores del capitalismo que oficiaban de jefes de millones de trabajadores.

Según las actas del ministerio de la marina, desde el comienzo de la guerra hasta fines de 1917, se dictaron en las unidades navales de la marina imperial, las siguientes condenas: 180 años y 5 semanas de prisión, 18 años y un mes de presidio y 10 sentencias de muerte (dos de ellas ejecutadas). Entre las penas de presidio figuran fallos de 10, 12 y 15 años contra algunos condenados.

En el verano de 1917 ocurrieron en la marina algunos disturbios y amotinamientos, al parecer sin ningún carácter político; la causa principal era el mal trato dado a los marineros, la escasez de alimentos y la insolencia creciente de la oficialidad. Los oficiales tenían en los barcos una cocina especial y en provecho de esa cocina se esquilaba hasta el extremo la provisión de los marineros y del personal de a bordo. El fogonero Sachse, condenado a muerte y luego agraciado con 15 años de presidio, declaró a Dittman que en el presidio de Rensburg se comía mucho mejor en 1918 que en el barco Friedrich der Grosse en 1917. Y no contentos los oficiales con saquear las provisiones de los marineros, robaban a la luz del día los mejores alimentos para sus familias. A eso se agregó aún el placer evidente de martirizar a los pobres marineros, regateándoles las vacaciones y exponiéndoles a un exceso de maniobras, para las cuales no estaban suficientemente alimentados. Ya el 6 de junio de 1917 se produjo una huelga del hambre en el Prinzregent Luitpold; el 19 de julio nueva huelga del hambre como protesta contra la pésima alimentación, que contrastaba con la de los oficiales enormemente. Y así en todos los barcos. La situa-

ción era insoportable. En vista de la prohibición sistemática de bajar a tierra, los marineros y fogoneros decidieron obrar por su propia cuenta. El 1 de agosto de 1917 abandonaron 49 hombres del Prinzregent Luitpold el barco para ir a tierra; estuvieron en Deich y regresaron después de dos horas. De esos 49 hombres, 11 fueron arrestados. Como protesta por ese castigo parcial, al día siguiente a las siete de la mañana, abandonaron el barco, que estaba en el astillero, 400 hombres de la tripulación; unas horas después fueron hechos volver sin violencia alguna.

Pero los consejos de guerra nombrados para investigar los acontecimientos del Prinzregent Luitpold del 1 y 2 de agosto, es decir, el hecho de bajar a tierra sin permiso, quisieron hacer, de un gesto de descontento tan infantil, todo un mundo de conspiraciones revolucionarias. La investigación presentó las cosas como si los sucesos fuesen inspirados por el partido socialdemócrata independiente y tuvieran por fin una negativa de la obediencia y una paz sin anexiones. La formación de comisiones para las provisiones, formadas por soldados y marineros, con la anuencia del gobierno central, dió motivo a un movimiento de agrupación de las tropas en defensa de sus intereses contra la oficialidad. En la marina fueron el foguista Sachse, el marinero Reichpietsch y el marinero Weber, los que más se distinguieron en el fomento de esas comisiones. La tripulación de los diversos barcos de la flota halló modos

no que de los socialdemócratas mayoritarios, porque ambos partidos estaban en el mismo terreno legal y guerrillero. En ocasión de la conferencia socialista de Stockholm se manifestó en la flota una tendencia a expresar en alguna forma su adhesión a una paz sin anexiones y sin indemnizaciones de guerra. Fué un pensamiento espontáneo y no una maniobra política. La conferencia de Stockholm fué una miserable comedia de los social-patriotas que no ha tenido ningún valor. Pero los jueces de la investigación y la oficialidad, no tuvieron por mucho tiempo la comprensión de las fundamentales diferencias que existen en el movimiento socialista y confundieron a los espartaquistas, por ejemplo, con los mayoritarios y los independientes, lo cual es, sin duda, un honor que los independientes y mayoritarios sintieron como una injuria. La realidad ha demostrado que la paz deseada por los independientes era mucho más sensata que el pangermanismo de la oficialidad del ejército y de la marina; el gran error ha consistido en querer ver en ese deseo de paz sin anexiones, una maniobra revolucionaria.

Se estableció que los marineros Sachse, Reichpietsch y Salmus habían estado en relación con algunas personalidades de los partidos socialdemócratas. Y en efecto, así fué; aprovechando sus permisos para visitar a la familia, se entrevistaron con algunos diputados a fin de inquirir noticias sobre asuntos relacionados con la marina y simultáneamente para presen-

Víctimas de la justicia de los Hohenzollern



MAX REICHPietsch



ALBIN KOEBIS

Fusilados el 5 de septiembre de 1917 en mérito de una conspiración imaginaria

de comunicarse entre sí. Las injusticias y arbitrariedades de la oficialidad irritaron más y más los ánimos. La investigación judicial, en donde se distinguieron dos personajes que ascendieron después considerablemente en su carrera burocrática, Dr. Dobring y Dr. Loesch, encontró en la revisión de las cosas de los marineros y fogoneros arrestados, algún periódico socialdemócrata, cartas de la familia, manifiestos, y se quiso fundar en ese sólo hecho un castigo de naipes. Pero la lectura de los periódicos socialdemócratas era permitida por las autoridades. El material confiscado circulaba libremente y no podía considerarse como subversivo. Lo poco que se encontró de propaganda clandestina procedía, según Dittman, de los radicales de izquierda (espartaquistas, grupo Internacional, radicales de izquierda de Bremen, etc.), adversarios decididos de los socialdemócratas independientes lo mis-

tarles algunas quejas relativas al tratamiento, a la comida y al servicio de a bordo. Era un hecho natural y que no implicaba ningún propósito subversivo. Pero sirvió a los jefes y a la oficialidad pangermanista, para ocultar tras esas apariencias de conspiración, sus maldades e insolencias y sus robos de la comida de la tripulación de los barcos de la flota. La actitud de los jefes socialdemócratas era, muy diversa a la que los suponían la mayoría de las personas oficiales del viejo régimen. Por ejemplo, Dittman asegura abiertamente que previno en favor de la moderación y la precaución, a todos los que se quejaban "sobre los males en el ejército y la flota, que sacudían su corazón y daban rienda suelta a su justificada indignación". Cuando algún soldado o marinero se acercaba a los diputados socialdemócratas y les presentaba hechos insoportables, y buscaba consejo y ayuda, no recibía más que una ra-

zonable advertencia para que continuara sufriendo en silencio y obedeciendo las órdenes de sus superiores. Más aún: aquellos soldados o marineros que, después de haber leído un discurso socialdemócrata en el Parlamento, o por simple inclinación instintiva al socialismo, manifestaban su deseo de ingresar en alguno de los partidos reconocidos como obreros y socialistas, recibían una diplomática negativa de los jefes socialdemócratas. Más todavía. La historia enseñó a los dirigentes del partido socialdemócrata independiente, dice Dittman, que los motines, aunque sean justificadas explosiones de indignación, son nocivos para la causa de los oprimidos, porque entregan a los gobernantes el pretexto para las represiones sangrientas. "Por eso tratamos, durante la guerra, de dirigir la justa indignación de las masas por la vía de la lucha política legal contra la dictadura militar pangermanista, que dominaba al gobierno y la dirección de la guerra..." (*Die Marine Justiz-Morde von 1917*, página 38).

La lucha del partido socialdemocrático independiente, agrega Dittman, era una lucha política y no tenía nada de común con el sabotaje militar ni con la propaganda de la desertión, ni con los amotinamientos de los miembros de la marina y del ejército. En el libro donde se recoge las pruebas de la inculpabilidad de los socialdemócratas independientes, se lee (*Die Marine Justiz-Morde von 1917*, pág. 39) un fragmento de las declaraciones de la señora Zietz, personalidad dirigente de ese partido, en el interrogatorio a que se la sometió el 10 de octubre de 1917, contra todo propósito revolucionario. Dittman proclama después de haber citado esas declaraciones: "Cualquiera que nos hubiese hablado en tonos de negativa a hacer el servicio militar, habría sido considerado y tratado por nosotros como un espía. Hasta tal punto estaba lejos de nuestras representaciones, nacidas en décadas de educación socialista, el pensamiento del 'sabotaje militar'. Esa confesión es sincera y puede confirmarse con citas de casi todos los jefes socialdemócratas, desde Bebel y Liebknecht a los burocratas socialistas de nuestros días. Siempre estuvo lejos de la socialdemocracia el pensamiento de obrar en forma peligrosa para la estabilidad de la sociedad del privilegio.

Que en los procesos contra los supuestos insubordinados se echó mano a todos los recursos del terror judicial para forzar confesiones y declaraciones, eso es tan comprensible y tan lógico que no merece que se citen pruebas para demostrarlo.

Es también muy curioso el material probatorio del sistema de espionaje introducido en la flota por las autoridades. También los agentes provocadores han sido puestos en acción. Por otra parte, eso tampoco puede asombrarnos. Lo que es doloroso es que haya siempre pobres diablos dispuestos a oficiar de Judas y traidores de sus camaradas. Pero tampoco es motivo de asombro eso. ¿No estamos viendo todos los días y a todas horas como se reclutan los agentes de policía y demás lacayos del Estado y del capitalismo de entre los trabajadores mismos?

Por los inocentes sucesos del 1 y 2 de agosto de 1917 en el Prinzregent Luitpold y otros hechos parecidos, fueron dictadas sentencias de muerte a granel. El 26 de agosto se dictaron cinco contra los siguientes: el fogonero Sachse, el marinero Weber y el marinero Reichpietsch del barco Friedrich der Grosse, el fogonero Becker y Koebis del Prinzregent Luitpold. Los fiscales en ese proceso eran Dobring, Loesch y Brül. Hubo autoridades que reconocieron que esas sentencias de muerte eran inmotivadas y absurdas, pero el almirante Scheer confirmó las penas recadas, por lo que se refiere a Köbis y a Reichpietsch; a Sachse, Weber y Becker les agració con conmutación de la pena de muerte por la de 15 años de presidio. El 5 de septiembre fueron fusilados Köbis y Reichpietsch, víctimas de un sistema estúpido de violencia y de sangre. Eran completamente inocentes de los propósitos que se les atribuyeron y además no hubo hecho alguno que justificase, no solo las bárbaras sentencias, sino el proceso mismo.

El diputado Dittmann ha demostrado que su partido no ha tenido que ver con los conatos de desobediencia ocurridos ya en 1917 en la flota; asegura que los socialdemócratas independientes, lo mismo que los mayoritarios, no querían más que

EDUARD WECKERLE

La influencia de las máquinas en las condiciones de trabajo

I

¿Dónde quedan y cómo se reparten los acrecentados resultados del trabajo para los cuales estamos hoy capacitados gracias a los coadyuvantes inanimados que nos han ofrendado los inventores y los técnicos? ¿Se reparte el valor de ese acrecentamiento de la fuerza humana de trabajo igualmente a todas las capas de la población o se bifurca la corriente de esa riqueza en su desembocadura en diversos brazos desiguales, y a quién se dirigen? ¿Cuál es, en especial, la parte de aquellos cuyo trabajo cotidiano no ha perdido nada de su dureza, como hemos visto, porque la disminución de los esfuerzos físicos e intelectuales tiene lugar a costa de una monotonía que sofoca el placer de vivir y trabajar? En una palabra: La introducción de ese formidable maquinismo, ¿ha elevado la situación material de la clase obrera, y el progreso técnico está acompañado de una mejora económica y social para la masa del pueblo?

Si consideramos el lejano pasado, ese problema es suficientemente aclarado. No necesitamos más que recordar la conmovedora descripción de la clase obrera inglesa en el siglo pasado por Engels y los resultados mencionados de las investigaciones oficiales de aquel tiempo para justificar la afirmación que el primer resultado de la industrialización fué la creación de una miseria popular jamás conocida en tiempos anteriores. El mismo fenómeno se ha repetido en cualquier otro país en donde la máquina penetró conquistadoramente, y se repite todavía continuamente hoy en los países que adoptan el industrialismo. El terror y la miseria son considerados desde hace mucho tiempo como los compañeros obligatorios de las máquinas. Incluso los círculos amigos del capitalismo conocen ese hecho, aunque no con la asombrosa franqueza de aquel estadista japonés de quien S. y B. Webb (*The Decay of Capitalist Civilization*) cita el proverbio siguiente: "La introducción del sistema capitalista en el Japón ha creado una clase en continuo crecimiento de personas que sufren la penuria, una clase que era completamente desconocida en el viejo Japón de las castas nobles y de los cultivadores de arroz. Ese proceso de empobrecimiento, así agregó con sonrisa filosófica el japonés, es el precio que tuvo que pagar el Japón por el aumento de la riqueza personal de sus ciudadanos dirigentes y por la ascensión a la categoría de potencia mundial".

Pejo — y sólo este problema nos ocupa aquí — ¿no barre de nuevo el industrialismo, una vez conseguida la dominación, la miseria creada en sus comienzos? o al menos, — la cumbre de su progreso técnico ¿está unida a una elevación social consiguiente?

Antes de intentar una respuesta, citemos algunos juicios recientes. En ocasión de su salutación al congreso sindical panruso en Moscú, el 11 de noviembre de 1924, el secretario de las Trade Unions inglesas, Fred Branley, dijo entre otras cosas:

"Nos damos cuenta que el amontonamiento de riquezas, la invención de máquinas para ahorrar trabajo humano, los progresos de la ciencia y la evolución de la electricidad no han aliviado de ningún modo la situación de los trabajadores y que éstos llevan una existencia tan misera como hace 200 años." A idénticos resultados llegaron S. y W. Webb en el escrito ya citado. Sostienen que deben confesar que desde el fin del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX la dominación capitalista ha creado "más bueno que malo", pero declaran que "los éxitos de esa dominación en la segunda

mitad del siglo XIX son dudosos y que en el siglo XX, precisamente al examinar el aumento de las cifras nacionales (lo mismo que Ruskin evitamos intencionalmente la palabra "riqueza"), sus desventajas superan a sus ventajas."

Es digna de mención en este lugar la costestación del norteamericano Harry W. Laidler: "La tarifa en cuerpo y alma que exigió la industria americana durante la segunda década del siglo XX, sobrepasa las pérdidas nacionales de la guerra desde la declaración de la independencia hasta hoy" (*Now America Lives, a Handbook of Industrial Facts*, by Harry W. Laidler).

Estas voces merecen tanta más atención cuanto que nos vienen de países en que no pesa la losa de una guerra perdida y cuyo nivel de vida despierta la envidia de casi todo el proletariado continental. ¿Qué ley explica esa contradicción aparente? La explicación se relaciona del modo más íntimo con la transformación de los medios de producción que hemos señalado ya. Pues, ¿cuál es, en último resultado, el verdadero sentido de ese armamento industrial incansante y de la continua introducción de nuevas máquinas y de nuevos métodos simplificados de trabajo? El aumento de la producción solo no impulsa necesariamente a seguir el camino elegido. En todos los países — incluso los Estados Unidos — hay desde la terminación de la guerra grandes masas obreras para cuyas manos no existe ocupación alguna y cuya reintegración a la producción daría a ésta de inmediato y sin grandes gastos para maquinizar un enorme impulso. Pero el hecho que el mecanismo industrial de la producción del mundo sólo es utilizado hoy en sus dos terceras partes, demuestra ya que la actual perturbación económica no está de parte de nuestra capacidad de producción, sino de parte de la capacidad de compra y de consumo.

Pero, ¿qué otra fuerza motriz es entonces eficaz? Ninguna más que la que domina en general toda la producción capitalista, es decir la aspiración al beneficio y a su continuo acrecentamiento. Este moderno maquinismo en manos de los capitalistas no se propone más que la reducción de la parte del producto que corresponde a los trabajadores y el aumento de la cuota de los capitalistas. Respecto de este hecho no deben inducirnos a engaño los supuestos elevados salarios de un Ford y menos aún sus tests del salario impresas en una gran parte de la prensa obrera continental, demasiado desprovistas de crítica adecuada. Indudablemente Ford considera el problema del salario desde un punto de vista más alto que aquel a que nos tienen habituados nuestros capitalistas. Incluso encontramos en su libro *Mi vida y obra* frases que hacen aparecer a Ford como un bolchevista emascarado entre la clase capitalista. Así por ejemplo cuando escribe: "Los salarios más elevados pagados hasta aquí están aun lejos de ser bastante elevados"; o: "La reducción de los salarios es la manera más liviana y simultáneamente la más ridícula para dominar una situación difícil, dejando ya a un lado su inhumanidad". Pero al mismo tiempo Ford no vacila en cometer diariamente ese ridículo y esa inhumanidad. Lo que lo distingue de los capitalistas por él censurados, es sólo la grandiosa elección de los medios, no el efecto, el resultado. Ford no anuncia que desde mañana el salario cotidiano será reducido en un dólar. Al contrario, consigue implantar un aumento de salario y simultáneamente disminuir la parte de producción que le correspondía al obrero hasta entonces y confiscar una nueva parte de su trabajo. Los medios para llegar a esos resultados son la introducción de nuevas máquinas y el mejoramiento del proceso de producción. Ambos pueden ponerlo en situación de aumentar la productividad del personal mucho más allá de los cuadros conocidos. Si por ejemplo aumenta la suma total de los salarios en un 10 por ciento y costémosle simultáneamente acrecentar la pro-



ducción un 20 por ciento mediante una nueva automatización del proceso de trabajo, entonces no sólo no la ha perdido nada, sino que ha hecho beneficio extra del 10 por ciento.

El obrero ciertamente ve al principio solamente el aumento de dinero que obtiene. No examina más e ignora que su parte en el producto, sin embargo, en comparación con la anterior, ha disminuido.

Tenemos aquí una de las leyes más importantes y por parte del proletariado más desconocida que ninguna otra en su importancia; no es de ningún modo nueva, sino que fué objeto de la más seria atención en los comienzos del movimiento socialista. Karl Marx ha llamado expresamente la atención sobre ella: "La evolución de la fuerza productiva del trabajo persigue — escribe en *El Capital* — la reducción de la parte de la jornada que el obrero debe trabajar para sí mismo, a fin de prolongar precisamente por eso la otra parte de la jornada que puede trabajar gratis para los capitalistas." También en el *Manifiesto Comunista* encontramos idénticos pensamientos: "... en la misma medida que aumentan el maquinismo y la división del trabajo, en la misma medida también aumenta la masa del trabajo, sea por el aumento de las horas de trabajo, sea por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, por la rotación acelerada de las máquinas, etc."

Rosa Luxemburg se ocupó detenidamente de ese efecto del aumento individual de la producción (*Einführung in die Nationalökonomie*):

"A cada nueva invención de la técnica, a cada nuevo mejoramiento de las máquinas, a cada nueva aplicación del vapor y de la electricidad en la producción y el tráfico, la parte de los trabajadores en el producto se empequeñece y la parte de los capitalistas aumenta. El salario relativo cae más y más, incontentible e ininterumpidamente, la plus-valía, es decir la riqueza de los capitalistas, no pagada, exprimida de los trabajadores, se acrecienta incontentible y continuamente más y más."

El efecto aquí señalado del aumento de la productividad por el empleo de métodos perfeccionados de producción halla en la reciente evolución una espantosa confirmación que nos queda oculta en toda su magnitud sólo porque nuestra mirada se dirige a cuadros particulares y por que pasamos demasiado fácilmente por alto que las medidas principalmente empleadas para la valoración de la parte de la producción de la clase obrera, es decir el salario y la jornada de trabajo, han perdido en el curso del tiempo, en particular bajo la influencia de la mecanización creciente, toda significación comparativa. Por eso nos parece necesario penetrar más en esas conexiones.

Anarquía y anarquista encierran lo contrario de lo que pretenden sus detractores. El ideal anárquico se pudiera resumir en dos líneas: la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del Estado y la propiedad individual.

El anarquista, ensanchando la idea cristiana, mira en cada hombre un hermano, pero no un hermano inferior y desvalido a quien otorga caridad, sino un hermano igual a quien debe justicia, protección y defensa.

ARMANDO ENEAS

CUENTOS

La caridad

Atilio Casas era un fornido obrero, tan fornido como miserable. Trabajaba en la fábrica de Próspero Ruy, gran filántropo, patriota y propulsor de la industria nacional.

Atilio trabajó muchos años en la fábrica de Ruy. Dejó allí su juventud, allí le alcanzó la edad madura y le atrapó la vejez. Perdió sus fuerzas y jamás le abandonó la miseria. En cambio, la fortuna del filántropo Ruy mejoró considerablemente.

Ya no prestaba Atilio sus servicios con la competencia de antes, ya no servía, ahora robaba el sueldo. Este fué menudado poco a poco; hasta que por fin Próspero Ruy se decidió: no servía y lo echó a la calle. No sólo a él lo perjudicaba, sino que también obstaculizaba el progreso de la industria nacional.

Atilio Casas, viejo, sin trabajo, con su mujer tan vieja como él y sin hijos, sufrían hambre. Pensaban morir así. Pero un día Atilio supo que existía una "Sociedad de Beneficencia" que socorre a los pobres, a ella se dirigió con esperanzas de solucionar la situación de él y de su esposa.

La "Sociedad de Beneficencia" los socorrió, efectivamente. Todos los días pasaba el viejo a retirar dos raciones de comida.

Próspero Ruy, filántropo piadoso, era presidente de la "Sociedad de Beneficencia". El fué quien, apadado de la situación de Atilio, propuso a la comisión aquella medida de ayuda. Agregó así, con su generoso acto, una buena acción a las mil que ya había hecho.



El estilista

Alberto Proto era un ingenioso fabricante de juguetes.

En un principio los construyó de todas clases y tamaños: andos caballitos, vistosos soldaditos, graciosos carneros, borriquillos rellenos de aserrín, carretillas diminutas, carritos. Pero lo que mejor hacía eran los borriquillos rellenos de aserrín, y los que más vendía. En descubriendo esto, Alberto Proto se dedicó exclusivamente a sus borriquitos; se hizo especialista.

Hicieron furor sus borriquitos, que fabricaba en gran cantidad. Más luego camaron a los chicos, y la venta fué disminuyendo paulatinamente, hasta no venderse casi los juguetes de la especialidad de Proto.

Alberto Proto se apesadumbró. Se sintió herido en su amor propio de especialista, porque amaba su profesión, y, sobre todo, su especialidad, en la que había llegado a adquirir un estilo propio. Por fin, viendo que su negocio ya no le daba beneficios, resolvió fabricar carneritos. Los hacía muy bien, casi como los borriquillos rellenos de aserrín.

Pero Alberto Proto era estilista, y quiso conservar su estilo en los carneritos. Y sucedió que sus carneros llevaron orejas de burro.

El delito

La oficina estaba alborotada. Se había descubierto un robo. Mas no era el descubrimiento del hecho lo que más contribuía a este alboroto, a este interminable

murmurar de comentarios, sino el motivo de ser Julián Salcedo el delincuente.

Julián Salcedo, el empleado más viejo de la casa, el que merecía más confianza a sus jefes, el más puntual, el más trabajador, ¡había robado! La noticia era increíble.

—Yo practiqué un arqueo anoche, antes de irme: nada faltaba; — declaraba el cajero — esta mañana me encuentro con que faltan quinientos pesos. El robo debe haberse cometido anoche, a la hora de salida.

Los empleados y los jefes habían estado muy lejos de sospechar de Salcedo. Pero el infeliz apareció por la tarde, todo sofocado y lloroso, llevando en el alma, un remordimiento horrible. Parecía que sus canas se habían hecho más numerosas en pocas horas, que su rostro exangüe se había cubierto de arrugas, sus ojos hundidos y apagados, su cuerpo encorvado.

Y la confesión, hecha en medio de sollozos, cayó entre los empleados — hasta entre los más indiferentes — como la noticia de un cataclismo, de un descarrillamiento. Este género de noticias sorprendedoramente a la multitud y despierta, compasión, aunque ésta apenas dure unos instantes. Así sorprendió la confesión de Salcedo.

Traía los quinientos pesos intactos, tal como los había sacado de la caja. Había obrado en una instante de ofuscación. Fué fascinado por aquellos quinientos pesos mientras pensaba en uno de sus cinco hijos que estaba enfermo, en cama. Pensó en su mujer que debía lavar ropa para ayudarle, uniendo algunos pesos a sus ciento cincuenta de sueldo. En todo esto pensó, y robó...

Se reconocía culpable, arrepentíase de su delito. Su conciencia lo atormentaba. No mencionó atenuantes, no les dijo que su mujer se mataba lavando, que su hijita estaba muy enferma, que sus hijos llevaban los botines rotos; nada de ésto les dijo porque fatigamente se consideraba culpable, porque su conciencia le gritaba que había hecho algo muy malo...

Julián Salcedo era un ladrón. No es ladrón aquel que "roba" — es decir, que se restituye lo que le han robado — con plena conciencia de su acción, pensando en su mujer, en sus hijos, en su miseria, sin temor a las leyes. Este es un hombre honrado y no es posible le recuerde la conciencia.

En los hombres que temen la ley no existe conciencia. Su conciencia es la ley misma. Está tan apogada en ellos esta luz, que al temor de faltar a la ley lo llaman remordimiento.

Esto último sucedía a Julián Salcedo. Por eso era un ladrón...



LA UNICA ORIGINALIDAD

En cuanto a la preocupación de la originalidad, estúfzate en lo posible en no poseer ninguna. La que te quede como resultado de ese esfuerzo, será la única valiosa, la sola que hay interés en conservar. Y ella, quieras que no, será el substrato de tu fisonomía anímica, lo que pretendiste ser, no lo que eres y has sido.

Es por la intensidad, no por lo excepcional del sentimiento, que el hombre surge, se eleva de su mediocridad circundante y cotidiana hacia los ciclos eternos de lo poético.

Charles Louis Philippe.-Una carta inédita

El recuerdo de este escritor, hijo genuino del pueblo, a quien representa en su más noble esencia, vuelve a flotar sobre las oleadas caprichosas de la realidad literaria contemporánea. Lo recuerda Eugenio Monfort en su libro "Quelques romanciers de la generation de 1895" (Algunos novelistas de la generación de 1895); lo recuerda también, sin querer, Jean Giraudoux, poeta y novelista. — Para estar darte de la novísima generación post-bélica — entregando a la publicidad una carta absolutamente inédita del desaparecido maestro, quien plugo llamarse a sí mismo, obrero de la pluma.

Les Nouvelles Littéraires la trae en el entrevista a que se le somete a Giraudoux, por el famoso reporter literario Federico Lefevre — Eso — quien hizo hablar a las más célebres cabezas de París, del mundillo de las bellas artes, las letras y las ciencias.

Desconocido en absoluto en nuestro ambiente intelectual y artístico, apenas difundido por una revista rosarina — Bohemia — en 1913, con un par de traducciones de su libro póstumo Charles Blanchard, nos es imprescindible formular algunos de sus singulares rasgos que componen su personalidad artística y moral, antes de dar la traducción de su carta. — Fallecido en 1909, Charles Louis Philippe había renovado en la literatura francesa el sentimiento de fraternidad con los humildes que Hugo ensayara, pero con énfasis. Hijo de un galochero, conoció el pueblo como jamás ningún literato lo ha conocido, porque llevaba en su corazón sus aspiraciones y sus quebrantos.

"Yo hubiera escrito tus evangelios", dice en una de sus narraciones. En verdad, sus libros lograron la grave y enternecida solemnidad de los evangelios, por donde desfilan los marcos de corazón y las Magdalenas. "Con la precisión de un miniaturista — glosa, un biógrafo suyo — con la exacta y lúcida visión de un Dickens, sin humorismo, los ha descrito: y de los labios descoloridos por el hambre, en donde se perpetúa el grito acerbo de Job, parecen exhalarse las palabras del autor de "Oilverio Twist": "Vosotros, los felices, los poderosos, los repetidos, pensad en los que sufren en la sombra y son vuestros hermanos."

Vino del pueblo un portosiero de genio. No era airada su voz, ni amenazaba con grandes tardes de hecatombes. Pero su acento sencillito y resignado dijo del delito del mundo, de la cotidiana y grosera afreata del lujo, ante tantos desarrapados.

En el año 1913, en vísperas de la catástrofe que sumiría a la humanidad en una semibarbarie, Bourdelle, quien fuera el discípulo predilecto de Rodin, y su más útil colaborador, modeló un busto de Charles Louis Philippe, que fué inaugurado bajo los auspicios de sus íntimos amigos, capitaneados por Mirbeau, en el barrio tacá amado por él, Montparnasse, la rica cantera de donde extrajera sus mejores episodios y las bellas creaciones de sus personajes.

Y hoy fueron desapareciendo los innumerables jóvenes que en aquel entonces imitaban el estilo tembloroso y cortado de ese obrero de la pluma, para dejar el boquete, la brecha abierta al paso de otra generación más deportiva, pindárica y chiflada, de un pirronismo que sólo aturde y divierte a veces. Es el afán exasperado y rabioso de olvidar todas las preocupaciones sociales, humanitarias y de sentimiento que embargaran a sus antecesores, entretenidos en un diletantismo anarquista — para embriagarse en el vértigo, en la velocidad del torbellino de la mecánica moderna.

El mencionado Giraudoux, y otros de su misma promoción, son los buenos y pasables personificadores de ese movimiento, que va desde el cubismo pictórico y el suprarrealismo literario al neoclasicismo de Ingres, en la parte plástica, y en las letras al siglo de oro de los poetas, con Góngora a la cabeza.

Eugenio Monfort, en cambio, pertenece a la época de Charles Louis Philippe, y cuyo estudio bastante extenso y sesudo tra-

traduiremos en el próximo número del Suplemento.

Demos, por lo pronto, la carta del novelista.

Habla Giraudoux:

"El hecho de escribir debería ser un accidente en la vida de un poeta" (1). Es lo que muy bien comprendió Rimbaud, quien, después de haber tanteado y tratado a los escritores que escriben, se caló para siempre.

Esta atracción más viva, por la persona que por la obra, es lo que tuvo que sucederme con Charles Louis Philippe, de quien nunca leí nada y supe que era escritor cuando ya me hallaba en el Liceo.

La casa de su padre se encontraba casi al lado de la mía, Philippe salía del negocio de galochero del padre todas las mañanas, para instalarse sobre un banco de carpintero. Durante horas seguidas les miraba trabajar.

Ese espectáculo del escritor me incutía un sentimiento mucho más conmovedor que la misma lectura de una de sus obras. Era una orientación que nosotros los jóvenes solicitamos de los escritores de mayor edad y avezados; es por eso que un día le escribí pidiéndole algunos consejos y tuve bastante razón en hacerlo, porque me respondió con la carta siguiente: "París, 30 de noviembre 1898. Estimado señor:

Hube de demorarle un poco antes de contestarle, porque debo trabajar durante todo el día, porque mis veladas me las llevan mis libros y porque tengo ciertas molestias que yo me dejan esa calma de espíritu que no quisiera poseer para escribirle.

Por lo pronto me toca manifestarle que su carta me proporcionó un bello plaisir (beau-plaisir). Desde que un joven acude a otro para pedirle consejos a fin de que contribuya a la formación de su alma, es algo que dice de su clarividencia y al mismo tiempo muy grave. Es hermoso ser joven. Conserva aun por mucho tiempo ese candor confiado, el cual le hace creer que un hombre sabe y puede dirigir a otro. Le voy a decir algunas palabras, pero no les atribuya sino muy escasa importancia. No pueden más que expresar un concepto personal de la belleza humana. Me complacería sobremedura comprobar que en nada lo influenciará.

Me habla de sus lecturas y las encuentro excelentes. Desde mi punto de vista todas las lecturas son buenas. Sería necesario adquirir la mayor suma de conocimientos posibles, pero se habría de adquirirlos con excesiva serenidad, sin dejarse convencer fácilmente. Nosotros llevamos nuestra verdad, que es la combinación de una multitud de otras verdades, apuradas en los demás; y por eso no debemos permitir que sus vidas penetren en las nuestras, sino llegaríamos hasta caer en la fealdad de la imitación. Hay que ser uno mismo, es lo que yo digo. Y la única manera para lograr serlo es dejarse madurar en completa soledad, al sol como un bello fruto en verano. No debo ser muy claro. En pocas palabras, he ahí: trate que todos los conocimientos entren en su cerebro, y ellos caminarán tanto hasta ocupar el lugar que les pudo corresponder.

Yo quisiera, no obstante, indicarle algunas lecturas poderosas para que formara su corazón. Lea a Tolstoy y sobre todo a Dostoyevsky. Dostoyevsky contiene toda la piedad humana: por aquellos que sufren, por aquellos que hacen el mal y por aquellos que son feos. Quisiera que su gran bondad penetrara en su corazón, para hacer de usted un hombre simple y vibrante. Quisiera, en fin, que hiciera de usted un hombre bueno. Vivimos entre los hombres y la bondad me pareció siempre como una gran virtud social. Es también una fuente de felicidad. Deberíamos amar todo lo que nos rodea. Deberíamos aproximarnos a las criaturas humanas con una gran piedad, pensando: son seres deleznable como yo, simples, y cuyas almas están llenas de vida. Comprender esas existencias, amarlas y embellecer-

las con mi vida personal, es un anhelo al cual aspiro.

También yo tuve los estudios, las clases, los celadores y los profesores ceñidos, durante ocho años. Hay cosas que detesto tan fuertemente que su recuerdo me es todavía amargo. Algunos hombres fueron malos conmigo. ¡Pero qué importa! Hoy siento que han sido útiles a mi destino. Sus villanías me enseñaron a estimar los hombres, despreciando de ellos sus funciones. Pude aprender que un albañil vale tanto como un abastecedor o como un prefecto. Sus manías me enseñaron a compadecerlos. Conoció pobres hombres llenos de dolor, que me castigaron: hoy los comprendo, no los odio más, les tengo piedad y los amo. Quisiera abrazar a alguno de los celadores que me persiguieron.

le un ejemplar. ¿Debería dirigirlo al Hiceo de Chateauroux? Hasta luego, mi querido señor; escriba cuando le plazca. Yo trataré de contestarle.

Creo en la sinceridad de mis sentimientos de simpatía

Charles-Louis Philippe.

8, rue Mauvais Garçons, París."

(1) Giraudoux, al declarar que "el fenómeno de escribir debe ser un accidente en la existencia de un poeta, coincide involuntariamente en una de las verdades cardinales de Tolstoy, quien detestaba que se hiciera del arte una profesión. Y el glorioso anciano, en la mitad de su vida literaria, practicó en todo lo posible esa verdad.

En tanto que Giraudoux, al citar a Rimbaud, la belleza de esa alma desorbitada, revela con los hechos que una cosa es predicar y otra sembrar trigo. Su nueva novela Bella, no demuestra más que la obra de un perfecto artífice profesional, quien se pasará la vida escribiendo y nunca poseerá la heroicidad de cultivar definitivamente a los treinta años, como lo hiciera el autor de Iluminaciones en la Sombra, en una absoluta renuncia de su gloria personal.

Yo no le cuento todas esas cosas, mi querido señor, para expresar esa bñal verdad que para todo colegial es un mal necesario, sino para demostrarle cómo se puede aprovechar nuestras desgracias en bien de nuestro espíritu y corazón.

Quisiera todavía decirle miles de otras cosas, pero estoy escribiendo esta carta en la oficina y debo terminarla. Mi libro "La Buena Magdalena y la pobre María" acaba de aparecer. Podría enviar-

En el refectorio de un cuartel



En el refectorio donde cenaban unos oficiales de caballería, escuché una interesante y curiosísima conversación. Esos galonados descendían, casi todos ellos, de las más antiguas familias de Inglaterra, pertenecientes a la más rancia aristocracia. Pero el estúpido y enloquecido ultraje de la guerra — ultraje contra los ideales de civilización —, los había inclinado a detenerse a pensar sobre la estructura de la vida social, y también acerca del problema insoluble de la familia. Algunos, por cierto, era la primera vez que se atrevían a tanto. Ellos, si odiaban a Alemania como la causa más inmediata y directa de la guerra, intentaban penetrar más a fondo la cuestión, comprobando que los jefes de las grandes naciones de Europa, no habían hecho más que sostener la filosofía de la fuerza, amasando y erigiendo sobre ella las avalanchas de los odios, el miedo centuplicado y las alianzas celebradas por encima de las cabezas de las multitudes, que habían inflamado de pasiones perversas, y enturbiado los ánimos con mentiras y falsas promesas.

—Los políticos son los únicos culpables, afirmó un teniente.

—Yo estoy por la revolución, después que se acabe esa sangrienta masacre... Con estricta imparcialidad me propondría colgar a todos los políticos, los diplomáticos y a esos llamados estadistas...

—Si; yo estoy por el pueblo, — dijo otro. Si, con el pobre pueblo al que siempre se le ha mantenido en la ignorancia, y cuando sus clases dominantes creen llegado el momento oportuno para apoderarse de nuevos territorios, robárselos a sus vecinos, lo llevan a la matanza; y también por que sus ejércitos a veces se aburren, apresurando la guerra que dará galones, charreteras... En todos los casos, es a él siempre al que le toca la peor parte...

—¿Y la religión? — preguntó un tercero.

—¿Qué hizo la Iglesia para impedir la guerra?... ¿Predicar los evangelios de Cristo? Tanto el arzobispo de Londres como el obispo de Canterbury, no son más que patrioterios y convencionales bendecidores de cañones y banderas... ¡Uí, Dios, cómo cansan todos ellos. Me hartan de rabia y de odio!

¡Extrañas y asombrosas palabras que pude oír en una reunión de oficiales! ¡Turbador tumulto en el alma de esos hombres! Y eran las mismas palabras que pude escuchar también en Ipres por los muchachos londinenses, quienes se expresaban tan amarga y erudamente como aquéllos.

Peró todos estos gentilhombres, todos esos muchachos que hablaban con tanta sinceridad, si alguien les volviese a recordar, a repetir lo que ellos dijeron, muchos se habrían olvidado y otros negarían rotundamente haber jamás pronunciado una palabra sobre esas cuestiones.

Sir PHILIPP GIBBS

(Del libro "Realities of War")



EL TEATRO POPULAR

Capítulo V

Otros géneros de teatro del pueblo: drama social, drama rústico.— Leyenda, cuentos y circo.

Si he insistido en la Epopeya Histórica, es por preferencias personales, porque no está prohibido de hablar de lo mejor que se conoce — y para reaccionar contra el descrédito (no de un género que en Francia es desconocido y se halla todavía por crearlo) sino de un nombre galvanizado por ridículos fantoches románticos. No es esto más que una zona del teatro; que otras se abran ante no nosotros.

Ante todo, está el drama social, ensayado vigorosamente por una generación de dramaturgos audaces. En séquito de los poetas del Norte, de Ibsen, de Bjoerston y de Hauptmann (1), Jean Jullien, Descaves, Mirbeau, Ancy, Hervieu, F. de Curel, Brioux, Emile Fabre, demostrando la vitalidad de ese género, que sobre los demás posee la ventaja de ser uno de los más necesarios: porque hizo florecer sentimientos, dudas y aspiraciones presentes, y por eso forma parte de la acción. Hay quienes le infirieron algunos reproches, entre ellos como si quisiera descartar el ideal del desinterés en el arte.

Por mi parte los alabo, y ya he dicho mis razones. ¡Felices las épocas y las obras serenas! Pero cuando las épocas se enturbian y la nación combate, es el deber del artista de combatir a su lado, de inflammarla, de guiarla, de disipar las tinieblas y aplastar los prejuicios que obstaculizan su camino. He escuchado gemir sobre las violencias que este arte arriesga traer, y traerá puesto en este camino. Estas violencias no pueden atribuírselas a él, sino a las injusticias contra las cuales la conciencia de la humanidad chocea, y es necesario que las destruya. El arte no tiene por objeto suprimir la lucha, sino centuplicar la vida, de hacerla más fuerte, más grande y mejor. Es enemigo de todos los que son enemigos de la vida. Y si el amor y la unión es su meta, el odio podrá ser en ciertos días su arma: "El odio es muy bueno" — decía un obrero del barrio de San Antonio a un conferencista que se desgañitaba en inculcarle que todo odio es malo. El odio es justo, es el que subleva a los oprimidos contra los opresores. Cuando yo veo un hombre que se impone y brutaliza a los otros, esto me indigna y lo odio y siento que tengo razón."

Quien no sabe odiar el mal tampoco sabe amar el bien. Y quien presencia la injusticia sin que intente combatirla, no es artista ni hombre. Uno de los más dulces poetas, Schiller, quien tuvo la idea más serena de su arte, no tuvo temor de lanzarse en la refriega y proponerse como finalidad atacar los vicios, vencer a sus enemigos la religión, la moral y las leyes sociales (2). Después de todo, no se obra en favor de su arte oponiendo el mal al mal, sino la luz. El mal que se reconoce, que se le mira en la cara y sabe uno que lo ve, es un mal vencido a medias. Es el rol del drama social arrojarse sobre el platillo de la balanza indecisa la fuerza imperiosa de la razón.

¿Cuántas nuevas formas, apenas intentadas, podrían florecer en el teatro popular! Pero sería una labor vana describir las sombras del porvenir. Sólo cuentan las obras. Abordamos a un continente desconocido. Que cada uno se lance a la ventura; ya volverá con las manos llenas de botín. Osemos sobre todo, osemos elevar nuestro arte a la altura de la tragedia, que en estas horas se juega en el mundo. Hagamos nuestras las palabras de Schiller en la representación del "Campo de Wallestein", el 12 de octubre de 1798:

"La nueva era que se inaugura hoy, esclarece al poeta para que abandone los

caminos trillados y rebasa el estrecho círculo de la vida burguesa para crear un teatro que no sea indigno de esta hora sublime en la cual se agitan nuestros esfuerzos.

Solamente un gran asunto puede remover profundamente las entrañas de la humanidad; en los círculos reducidos, el espíritu se va empqueñeciendo. El hombre, en cambio, se enaltece en la medida que su finalidad resulta más elevada. Es ahora, con el sentido serio de la vida que este siglo ha desarrollado, que la misma realidad prosaica se convierte en poesía. Por eso vemos luchar naturalezas poderosas a fin de alcanzar premios importantes en el combate librado por los grandes intereses de la especie humana: la tiranía y la libertad. Es ahora que el arte, también en el teatro, donde siempre evocara un cúmulo de sombras, puede intentar vuelos de valentía y audacia; es más, debe realizarlos, si no quiere desaparecer cubierto de vergüenza ante ese otro teatro, el de la vida."

No debemos, pues, quejarnos de nuestro destino. No nos escatimó el trabajo. ¡Felices las épocas como la nuestra, que les queda una inmensa tarea para llevarla a buen término! ¡Felices los hombres que sucumben bajo el peso de una gloriosa fatiga! Ello es mucho mejor que sucumbir bajo el tedio de la nada, o contemplando tristemente las obras realizadas por los otros. No diremos, como el melancólico autor de Los Caracteres, fino y frágil reflejo de una época agotada: "Todo se ha dicho y uno ha llegado demasiado tarde."

Nada ha sido dicho aún para la nueva sociedad. Todo está por decirse. Todo está por hacerse. ¡Mazos a la obra!

(1) No olvidemos el rol desempeñado por Edmundo Goncourt, precursor de Hauptmann—nuestro Hauptmann francés—y la punzante piedad que se exalta de sus obras, de un realismo implacable, desahogado de los efectos retóricos: "La Raímara Elisa" y "Germánia Lucertana".

(2) Unas palabras solamente de un género que no cuenta casi para nada en Francia: la Improvisación. En las provincias, donde el espíritu es vivaz y la raza más despierta, no es necesario que el teatro sea todo escrito. Esta muy bien dejar, asimismo, que la fantasía popular tenga la ocasión y el placer de jugar libremente sobre un canchó determinado, como existe todavía en Italia, en la que la Commedia dell'arte continúa bajo formas rústicas. Y para aquellos que encuentran que la improvisación no es arte, citaré solamente a Michelet, diciendo: "qué sería una ístima el darle a los espíritus espontáneos de los meridionales piezas completamente hechas; un texto somero les bastaría; ellos mismos buscarán de desarrollarlo. Y Goethe, que escribió en el "Campo de Wallenstein": "el género de esta pieza exigiría que a cada representación se viese algo nuevo a fin de que los espectadores no pudiesen orientarse" (5 de octubre de 1798, a Schiller).

(3) El magnífico llamamiento de Mazzini a los poetas del siglo XIX (Al poesi del Secolo XIX) 1832.

Ensayo de una bibliografía anarquista alemana

Gustav Landauer (7 de abril 1870—2 de mayo 1919).

An den Züricher Congress. Bericht über die deutsche Arbeiterbewegung. (Al congreso de Zurich. Informe sobre el movimiento obrero alemán) 20 págs. en 8o. Berlin (s. a., 1893).

Ein Weg zur Befreiung der Arbeiterklassen (Un camino para la liberación de la clase obrera), 30 págs., Berlin, 1905; se tradujo también al holandés.

Aus meinen Gefängnis-Tagebuch (De mi diario de prisión), en Socialistische Akademiker, N.ºs 13-18, Berlin 1895.

Von Zürich nach London, en el Sozialist (1896) y en folleto, Berlin, 1896.— traducción francesa: De Zurich a Londres, Rapport sur le mouvement ouvrier allemand au Congrès international de Londres, París, julio de 1896, 12 págs.; traducción española en El Corsario, 3 de septiembre de 1896 y siguientes; traducción inglesa: Social Democracy in Germany, Londres, 8 págs.; traducción italia-

na, Forli, 1896; traducción portuguesa, Lisboa 1914.

Der Todesprediger, Roman, Dresden und Leipzig, Verlag H. Minde, 259 págs. 1893; segunda edición 1903; tercera edición Marcan-Block-Verlag, Colonia, 1923.

Durch Absonderung zur Gemeinschaft (Por el apartamiento a la comunidad), Eugen Diederichs, Jena, 1901.

Ekepsis und Mystik. Versuche in Anschluss an Mauthners Spruchkritik (Escepticismo y mística. Ensayos en relación a la crítica del idioma de Mauthner), Verlag F. Fontane und Co., 154 págs. en 8o. Berlin, 1903; segunda edición.

Mach und Mächtigen. Novellen, Verlag E. Flischel und Co., 238 págs. en 8o.

Die Revolution, Verlag Rütten und Loning, Frankfurt a. Main, 1908, 119 páginas; segunda edición en 1919.

Auf der Sozialismus, Edición Der Sozialist, Berlin, 1911; segunda edición, Paul Cassirer, Berlin, 1919; quinta edición Marcan, Colonia, 1925.

Ein Weg deutschen Geistes. (Un camino del espíritu alemán), 34 págs. Forum-Verlag, Munich, 1916.

Reichenschaft, Paul Cassirer, Berlin, 1919; segunda edición Marcan-Verlag, Colonia, 1924.

William Shakespeare, dos volúmenes, Rütten und Loning, Frankfurt a. Main, 1920.

Briefe aus der französischen Revolution. (Cartas de la revolución francesa) 2 volúmenes, Rütten und Loning, Frankfurt, 1918.

Der werdende Mensch. Aufsätze über Lebensund Schrifttum (El hombre del porvenir. Artículos sobre la vida y las letras) Hergs, von Martin Buber, 63 págs., G. Kiepenhauer, Postdam, 1922.

Begonnen, Aufsätze über Sozialismus. (Iniciativa. Artículos sobre socialismo) Marcan-Block Verlag, Colonia, 1924.

EDITORIAL "LA PROTESTA" Libros y folletos publicados Sebastián Faure

"Mi Comunismo" (La felicidad universal) — Un tomo de 440 págs. En rústica, \$ 2 00, encuadernado en tela, \$ 3.50.—

Max Nettlau "Errico Malatesta" — La vida de un anarquista. — Un tomo de 270 págs. En rústica, \$ 1.20; encuadernado en tela, \$ 3.50.—

C. Lombroso y Ricardo Mella "Los Anarquistas" — estudio y réplica. Un tomo de 170 págs., \$ 1— Miguel Bakunin

"La Revolución Social en Francia" — Primer y segundo volumen de las Obras Completas. — En rústica \$ 1.50; en tela, \$ 3.50 el uno.— Pedro Kropotkin

"El Estado, su rol histórico — El Estado Moderno — En rústica \$ 0.50; en tela, \$ 1.50.— Luis Fabbri

"Cartas a una mujer sobre la anarquía" — En rústica, \$ 0.50; en tela, \$ 1.50.— Agustín Souchy

"La Ucrania Revolucionaria (impresiones de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920) \$ 0.30.— J. Guillaume

"Miguel Bakunin" — Noticia Biográfica — \$ 0.20.— Errico Malatesta

"Entre Campesinos" — \$ 0.15.— Juan Crusao

"Carta Gaucha" — \$ 0.10.—

"Hijos del Pueblo" — Nuevo Cancionero — En rústica, \$ 0.30 — Encuadernado en tela, \$ 1.00.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España", por Max Nettlau — Primer tomo de la BIBLIOTECA de LA PROTESTA.— Un tomo en rústica, \$ 0.50

Por más de diez ejemplares, se hará el 25 o/o de descuento.

LA PROPAGANDA DEL EJEMPLO

El 9 de febrero publica el *Avanti!* de Milán, órgano del partido socialista, — la tendencia turatiana, — una corta entrevista con Malatesta, firmada en Roma por Guido Mazzali. El hecho merece ser recordado, pues habría hoy muy pocos ejemplos semejantes de sinceridad en la vida partidista. Por desgracia eso no es ningún síntoma de-evolución revolucionaria en el partido de Turati; pero en el dolor común bajo la dictadura fascista, incluso los marxistas han tenido necesidad de templar el ánimo visitando a nuestro indomable camarada, requiriendo su opinión valiosa y constatando su firmeza y su juvenil fogosidad.

Malatesta, como Salvochea, como Reclus, es un tipo tan noblemente humano que sus palabras y el ejemplo de su vida hacen olvidar a los adversarios toda pasión de partido, todo prejuicio sectario. Por encima aun de las ideas que se profesan está la vida del hombre sincero, bueno y noble. Nosotros nos inclinamos respetuosos también ante esas grandes figuras ideales, sin importarnos el partido o la clase a que pertenecen. Sin embargo, y esto es una gran desdicha para la humanidad, un Malatesta, un Salvochea, un Reclus, un Kropotkin, no se suelen encontrar más que entre los anarquistas y como anarquistas, al lado de los perseguidos y los débiles, perseguidos ellos también, encarcelados y temidos por los que viven del privilegio y la injusticia.

¡Dichosos los tiempos del porvenir, cuando, sin amos ni esclavos, las jóvenes generaciones serán educadas ya desde el hogar en el respeto y la admiración hacia esos combatientes de la libertad, la fraternidad y la justicia, en lugar de serlo como hoy, en los manuales de historia patria, donde se exalta el crimen y se rinde culto a la expoliación del hombre por el hombre.

Somos iconoclastas, pero un Reclus o un Malatesta serán siempre para nosotros un ideal de perfección a que aspiramos y a que deseáramos que todos aspirasen. Muy clara y muy brillantemente han expuesto esos hombres la esencia de nuestras ideas; muchísimo tienen que enseñarnos desde el punto de vista intelectual, pero si les llamamos maestros y evocamos su nombre en las horas trágicas y en los momentos tristes, es por lo que tiene de consolador y de alentador su significación moral, el ejemplo de su vida.

Es una gran satisfacción poder gritar al rostro de nuestra época de dictaduras, de ambiciones personales de riqueza y de mando, el nombre de Malatesta.

Volvamos a la entrevista del *Avanti!* Guido Mazzali lo encontró a Malatesta, en un "modesto cuartito lleno de libros, sentado a una mesita hostil y fría en su devastada pobreza lineal, encorvado, recogido, presente y ausente a un mismo tiempo". Hablando sobre la situación política, Malatesta dice: "¿Crisis de conciencia, revisiones? ¡por favor! Nuestras ideas encuentran en los hechos su confirmación. No tenemos nada que cambiar o que renegar." Oyendo el modo de hablar vivo de nuestro camarada, el firme de la entrevista escribe: "Este hombre, que es un compendio de historia revolucionaria, que ha meditado sobre todas las insuficiencias de la vida italiana, que ha sufrido todas las utilizaciones del pensamiento, que ha vivido ardentemente desde 1868 hasta hoy todas las tentativas de insurrección, que ha jugado la propia vida en temerarias aventuras como la de Benevento, conserva aún intacta la energía de un condottiero y la seguridad de un profeta".

Interrogado sobre la violencia anarquista, responde: "No hemos sido nunca (violentos). Somos adversarios de la violencia, de todas las violencias, en acto o en potencia. Admitimos, teorizamos y predicamos sólo el derecho, y el deber, de la defensa..." "Bolchevismo y fascismo son dos aspectos del mismo error, dos manifestaciones del mismo mal que lacera y abruma a la humanidad. Donde hay autoridad hay dolor. Donde hay gobierno hay esclavitud. El comunismo ruso ha so-

focado la revolución que podía, que debía culminar en el ordenamiento anárquico de la vida. ¿Sabe vd. cuantos fueron los anarquistas fusilados en Rusia? ¿Cuántos de mis amigos, desterrados conmigo en Londres, fueron violentos y bárbaramente suprimidos?"

Y Malatesta reafirma su eterna confianza en el porvenir:

"Pero yo tengo fe, porque la sola realidad visible y conquistable es la utopía, lo que vosotros llamáis utopía. No es posible que el dolor de estos años haya sido sufrido en vano. Todos los sistemas de pensamiento han cedido al hacer irrupción el renacimiento burgués. ¿Dónde está ya el sindicalismo y el socialismo? Admiro vuestros esfuerzos, pero no puedo tomar parte en vuestro camino..."

Y el periodista termina así sus comentarios: "Estuvo y está entre los perseguidos, en Italia como en Rusia. El anarquismo de Errico Malatesta no se discute. Se acepta o se niega. Pero se respeta: ¡siempre!"

El mismo juicio suscriben en Italia todas las personas honestas, de todos los partidos. Se rechazan o se aceptan las ideas de Malatesta, pero nadie dejará de respetar y de admirar al hombre. ¿Cuántos son los hombres actuales en la vida pública que pueden ponerse al lado de Malatesta desde el punto de vista del respeto que su personalidad impone a amigos y enemigos? No conocemos a nadie. Y si echamos una mirada a las grandes figuras del socialismo autoritario se nos presentan personalmente tan ruines, tan pedantes, tan poco elevadas moralmente, tan llenas de ambiciones de mando y tan exentas del carácter del noble apostolado, que no podemos menos de enorgullecerse de contar en nuestro movimiento con hombres tan puros, tan abnegados y tan nobles como los Reclus, los Salvochea, los Malatesta y muchos otros.

Aquella Biblioteca de biografías iniciada por LA PROTESTA con la publicación del libro de Max Nettlau, no es una caprichosa determinación, ni quiere fomentar el culto a los héroes; es una iniciativa de un incalculable alcance educativo y consideramos que serviría como una palanca poderosa para elevar el nivel moral del movimiento.

Volvamos a repetir nuestra eterna prédica. Las ideas que amamos más que todo en el mundo, son infecundas si no guían nuestros pasos cotidianos, si no determinan nuestra conducta pública y privada, si no se imponen a nuestros contemporáneos a través del ejemplo de nuestra vida. Entre un anarquista que acepte sólo lo intelectualmente la anarquía y que en su vida pública y privada, obra de modo contrario a ese ideal y un adversario de la anarquía que demuestra con el ejemplo su honestidad, su desinterés, su espíritu solidario y fraternal, nos inclinamos respetuosos ante ese adversario y renegaremos del presunto camarada.

Todo lo que Malatesta ha escrito y ha dicho, con ser preciso en alto grado, puede olvidarse sin mayor perjuicio; pero lo que Malatesta representa como símbolo moral, eso es un valor imperdurable, tanto más brillante y sublime cuanto más se aparta la humanidad de una más elevada concepción de la vida.

Se habituó generalmente a considerar que se hace propaganda sólo por la palabra, por la prensa, por la organización; nos parece que no hay más propagandistas que los que hablan en las tribunas o escriben en los periódicos. Sin embargo el mejor de los propagandistas, el aspecto más sólido y esencial de la propaganda, es la propaganda del ejemplo, la influencia de nuestra vida personal en el radio de nuestra actuación cotidiana. La gran desgracia está en que también en ese terreno, asequible a todas las capacidades, son raros, muy raros los buenos propagandistas.

Las grandes figuras históricas del anarquismo desaparecen; aquellos hombres que imponían respeto a los adversarios por sus valores intelectuales se nos van más rápidamente de lo que quisiéramos;

después de la guerra hubo un verdadero desastre en nuestras filas: Kropotkin, Landauer, Neno Vasco, Flores Magón, Mella Tscherkesof, Osugi...

Esas pérdidas son insustituibles. Por lo menos no se advierte aún en nuestro movimiento la posibilidad de llegar algún día a llenar el vacío dejado por esos hombres. Eso es triste. ¡Pero a grandes males, grandes remedios! Si intelectualmente no existe siquiera la lejana posibilidad de llenar el vacío dejado por los viejos que se nos van, procreemos elevarnos moralmente, seguir las grandes líneas inspiradoras de una vida sincera y honesta para nosotros y nuestro ambiente. De ese modo, aquellos que rechazan nuestras ideas, no podrán menos de respetarnos como hombres. Tan trágica aun como la muerte de nuestros reconocidos mentores y maestros espirituales, es la decadencia moral del movimiento anarquista, sus desviaciones, su despreocupación por vivir más elevadamente, su menosprecio o su desconocimiento del valor de la propaganda del ejemplo. ¿No es doloroso comprobar que cada día se respetan menos nuestras ideas y el movimiento anarquista se desprestigia más?

He aquí un mal al que hay que poner remedio. Si no demostramos prácticamente la virtualidad de nuestras ideas en el ambiente de nuestras relaciones cotidianas, de nuestra vida privada y pública, los adversarios tienen derecho a dudar de nuestras ideas y de nosotros mismos.

¡Buena dios! actualmente no cubris los gastos de una publicación de exigencias reducidas y queréis, con la misma falta de medios, intentar una obra más dispendiosa. Yo habría pensado que, al contrario, la razón que Vd. aduce les habría demostrado cuán artificial es toda esa impaciencia.

2. — Los suscriptores preguntan por su dinero. Vd. agrega: "¡Qué importan los lectores que no pagan!" Y yo digo: "¡Al diablo los suscriptores que quieren que se les dé por su dinero!" De toda mi propaganda, lo que más lamento es el haber

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de

MIGUEL BAKUNIN: Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

Errico Malatesta (5)



EN EL CAFÉ

Jorge. —Muy bien, continúe; se diría que también usted está afectado de socialismo. Es una escuela diferente de la mía; pero en fin es siempre socialismo. Un magistrado socialista es un fenómeno interesante.

Ambrosio. —No, no, nada de socialista. Lo hacía sólo para sorprenderle en contradicción y mostrarle que lógicamente debería ser no un comunista, sino un "repartidor", un partidario de la división de los bienes.

Y entonces le diría que el fraccionamiento de la propiedad haría imposible toda gran empresa y produciría la miseria general.

Jorge. —Yo no soy un repartidor, un partidario de la división de los bienes, ni, que yo sepa, lo es ningún socialista moderno. No creo que dividir los bienes sería peor que dejarlos unidos en manos de los capitalistas; pero sé que esa división, si fuera posible, sería perjudicial para la producción. Además no podría durar y llevaría de nuevo a la constitución de las grandes fortunas, a la proletarianización de las masas y a la explotación a outrance.

Digo que el trabajador tiene derecho al producto íntegro de su trabajo: pero se reconoce que ese derecho no es más que una fórmula de justicia abstracta; y significa, en la práctica, que no debe haber explotadores, que todos deben trabajar y todos disfrutar de los frutos del trabajo, según los modos que convengan entre sí.

El trabajador no es un ser aislado en el mundo, que vive por sí y para sí, sino un ser racional que vive en un cambio continuo de servicios con los demás trabajadores, y debe coordinar sus derechos con los derechos de los de-

JUAN GRAVE

Cómo se mata una propaganda (1918-20)

(Continuación)

Al aparecer *Temps Nouveaux* llegamos a un tiraje de 17 a 18.000 ejemplares. El periódico cubría sus gastos. Pero sea que la curiosidad de las gentes se amortiguó — lo que me complazco en creer por amor propio — sea que no hayamos sabido satisfacerla, el tiraje se redujo poco a poco para llegar a lo que ustedes saben.

Pero con un número suficiente de suscriptores, y un fondo de caja al comienzo, estamos asegurados un año o dos. Es todo lo que podemos esperar para intentar la experiencia que vale la pena, mientras que yo me rehusé a ir a aumentar el número de las publicaciones nacidas muertas que hemos visto nacer y morir, sino en el espacio de una mañana, al menos después de una carrera ridículamente corta.

Vd. dice aún:

1. — "Si continuamos haciendo aparecer el Bulletin, gastaremos el dinero a medida que llegue, desalentando al mismo tiempo a los suscriptores".

¡Buena dios! actualmente no cubris los gastos de una publicación de exigencias reducidas y queréis, con la misma falta de medios, intentar una obra más dispendiosa. Yo habría pensado que, al contrario, la razón que Vd. aduce les habría demostrado cuán artificial es toda esa impaciencia.

2. — Los suscriptores preguntan por su dinero. Vd. agrega: "¡Qué importan los lectores que no pagan!" Y yo digo: "¡Al diablo los suscriptores que quieren que se les dé por su dinero!" De toda mi propaganda, lo que más lamento es el haber

más. Por lo demás, es imposible, máxime con los métodos modernos de producción, determinar en la parte exacta de trabajo que cada trabajador ha proporcionado, como es imposible determinar en la diferencia de productividad de cada obrero o de cada grupo de obreros, qué parte se debe a la diferencia de habilidad y de energía desplegada por los trabajadores y qué parte depende de la diferencia de fertilidad del suelo, de la calidad de los instrumentos empleados, de las ventajas o dificultades dependientes de la situación topográfica o del ambiente social. Y por lo tanto, la solución no puede encontrarse en el respeto al derecho estricto de cada uno, sino que debe buscarse en el acuerdo fraternal, en la solidaridad.

Ambrosio. —Pero entonces no existirá la libertad.

Jorge. —Al contrario, es entonces solamente cuando habrá libertad. Ustedes los llamados liberales, llaman libertad al derecho teórico, abstracto, de hacer una cosa y serían capaces de decir, sin reír ni ruborizarse, de un hombre que ha muerto de hambre por no haber podido procurarse alimento, que estaba libre de comer o no. Nosotros, al contrario, llamamos libertad a la posibilidad de hacer una cosa o no hacerla — y esta libertad, que es la única verdadera, se vuelve tanto mayor cuanto más crece el acuerdo entre los hombres y el apoyo que se dan entre sí.

Ambrosio. —Usted ha dicho que si se dividieran los bienes, se reconstituirían pronto las grandes fortunas y se volvería al estado de antes. ¿Por qué?

Jorge. —Porque desde el principio sería imposible ponerlos a todos en estado de perfecta igualdad y conservar luego esa igualdad. Las tierras difieren grandemente entre ellas, las unas producen mucho con poco trabajo y las otras poco con mucho trabajo; las ventajas y desventajas de toda especie que ofrecen las diversas localidades son grandes, y grandes también las diferencias de fuerza física e intelectual entre hombre y hombre. Ahora bien, en el momento de la división surgiría naturalmente la rivalidad y la lucha: las mejores tierras, los mejores instrumentos, los mejores lugares irían a manos de los más fuertes o más inteligentes o más ástutos. Por consiguiente, encontrándose los mejores medios materiales en manos de los hombres mejor dotados, éstos se verían pronto en posición muy superior a los demás y, partiendo de estas ventajas primitivas, fácilmente aumentarían en fuerza, volviendo a comenzar así un nuevo proceso de explotación y expropiación de los débiles que reconstituiría la sociedad burguesa.

Ambrosio. —Pero eso se podría impedir con buenas leyes que declarasen inalienables las cuotas individuales y circunsdase a los débiles de serias garantías legales.

por asegurarse de que esos 50 céntimos no han sido gastados en mantener danzarinas en la Opera, el suscriptor debe forzarnos a cambiar nuestros planes, volvemos a caer bajo el yugo del capitalismo. Un capitalismo muy reducido, es posible pero tan exigente y desagradable como el otro. A los que hoy ayudan, a los que nos leen, les reconozco el derecho a intervenir sólo en este caso: cuando salgamos del programa por el cual hemos recurrido a su concurso.

En suma, es la cuestión de confianza entre nosotros y los que nos proporcionan su concurso. Si tienen confianza, que la demuestren dejándonos obrar del mejor modo, siempre que permanezcamos en el cuadro de nuestras promesas. Y es porque no quiero abusar de su confianza que no quiero obrar de otro modo a como hemos prometido en nuestro primer manifiesto, yendo hacia un fracaso inevitable.

Que el boletín viva o desaparezca, eso no tiene más que un valor de indicación. Publicación de circunstancia o permanente, su desaparición, — por desagradable que sea, — no implicaría ninguna consecuencia desastrosa. Pero debiendo ser la publicación futura, en nuestra intención al menos, una publicación duradera, su fracaso sería un desastre — para nuestra actividad futura — que nos obstatularía el camino por largo tiempo para toda tentativa nueva.

Indicó a los lectores la necesidad de mantener la publicación de eso para preparar la publicación de éste, la ventaja de desarrollarlo como medio de transición de una publicación a otra.

Si ese llamado no tiene eco, será ya un signo de que nuestra reaparición no es tan impacientemente esperada como Vd. parece creer. Entonces no publiquen el Boletín más que cuando tengan dinero para hacerlo, contentándose, en caso de necesidad, con reducirlo a una simple circular, para no perder totalmente el contacto con el público.

Jorge. —¡Uff! Usted cree siempre que se puede mediarlo todo con leyes. ¿No es en vano magistrado! Las leyes se hacen y se deshacen según el capricho de los fuertes.

Los que son un poco más fuertes que el término medio, las violan; los que son mucho más fuertes aún las suprimen y hacen otras en su interés.

Ambrosio. —¿Y entonces?

Jorge. —Entonces, se lo he dicho ya, es preciso substituir la lucha entre los hombres con el acuerdo y la solidaridad, para eso es preciso ante todo abolir la propiedad individual.

Ambrosio. —En resumen, seriamente, ¿es usted comunista?

Todo es de todos, trabaja el que quiere y el que no quiere hace el amor; comer, beber, divertirse. ¿Qué país de Janja! ¡Oh, qué hermosa vida! ¡Oh, qué bello manicomio! Já, já, já.

Jorge. —Al ver el aspecto que usted ofrece al querer defender con razonamientos esta sociedad que sólo se rige con la fuerza bruta, no me parece verdaderamente que tenga mucho de qué reír.

Si, señor, soy comunista. Pero usted parece tener nociones muy extrañas sobre el comunismo. La próxima vez trataré de hacérselo comprender. Por hoy, buenas noches.

VII

Ambrosio. —Y bien, ¿quiere explicarme lo que es su comunismo?

Jorge. —Con mucho gusto.

El comunismo es un modo de organización social en que los hombres, en lugar de luchar entre sí por acaparar las riquezas naturales y explotarse y oprimirse recíprocamente, como en la sociedad actual, se asociarán y se pondrán de acuerdo para cooperar todos al mayor bienestar de cada uno. Partiendo del principio de que la tierra, las minas y todas las riquezas naturales pertenecen a todos y que a todos pertenecen también los productos acumulados y las adquisiciones de todo género de las generaciones pasadas, los hombres, en el comunismo, se entenderán para trabajar cooperativamente y producir todo lo necesario.

Ambrosio. — He comprendido. Usted quiere, como decía un periodico que he tenido en manos en un proceso de anarquistas, que cada uno produzca según sus fuerzas y consuma según sus necesidades; o bien que cada uno dé lo que pueda y tome lo que necesite. ¿No es eso?

Jorge. —Efectivamente, esas son máximas que solemos repetir a menudo; pero para que representen correctamente lo que sería una sociedad comunista tal como nosotros la concebimos, habría que saberlas inter-

3. — "La excusa de la guerra no existe ya para continuar guardando el silencio".

Vd. toma aquí el efecto por la causa. En lo que me concierne al menos no fué porque vino la guerra por lo que cesó de aparecer el periódico, sino porque la guerra vino a empeorar una situación económicamente insostenible. No veo de ningún modo que esa situación haya cambiado.

"Hemos caldeado" al público y espera que hagamos algo", — me dice Vd. en su carta precedente. Permítame que ría un poco de esa broma.

Vds. tuvieron dos reuniones que les pusieron en contacto con una cincuenta de camaradas; recibieron, tal vez, no es seguro, medio cuarterón de cartas de camaradas a quienes conocen más o menos, y Vd. llama a eso haber "caldeado la opinión pública". ¡Temo que si Vd. escuchara un lenguaje parecido de alguno de sus enfermos, le catalogaría de inmediato en el caso de megalomanía aguda! ¿No toma sus desos por realidades?

4. — Vds. no harán más que la suscripción; por consiguiente, cada número dejará un beneficio en lugar de una pérdida. ¡Muy bien calculado! A condición, sin embargo, que el número de los suscriptores permita fijar la suscripción a un precio abordable.

Ahora bien, Vd. no me ha dicho cuál es la cifra exacta de las promesas de suscripción que han recibido.

Sin duda no tenemos contacto más que con un pequeño público, sin duda, aún, el género revista responde mejor a nuestro género de talento (!). Pero no hay que olvidar que la mayoría de los camaradas preferirán cien veces más el periódico que una revista; que tarde o temprano ese puesto del periódico deberá ser ocupado. Deseo ardientemente que esa puesto sea ocupado un día por el mayor bien de la propaganda (1).

Y además, ¡qué es lo que impide a un periódico o a una revista limitar su tira-

je a la cifra de sus suscriptores!

En cuanto a la venta en la calle, se podría intentar organizarla. Es por eso que yo pedía que antes de salir se encontrasen camaradas en el mayor número de localidades posible, que se encargasen de organizar esa venta y se hicieran responsables de un cierto número de ejemplares.

Eso no puede organizarse más que después de un intercambio de correspondencias. Me he propuesto para hacerlo. No he visto aún una sola de las cartas recibidas. Habría tenido alguna utilidad el conocer lo que ocurre, lo que se nos responde.

No buscar más que el lector que paga es muy práctico desde el punto de vista comercial. Pero yo no veo la utilidad de un periódico semejante, salvo para satisfacer algunas vanidades, algunos casos de enfermedad plumifera. Si para existir ese periódico debe cortarse los medios de hacer propaganda, permaneciendo órgano de una pequeña capilla, equivale a contemplarse el ombligo. Es del mismo modo imbecil. Nosotros no podemos aumentar nuestra propaganda más que aumentando nuestro público. Es por eso que el suscriptor, lector que paga, debe pagar para el lector nuevo.

Hay ahí dos puntos de vista que parecen inconciliables, lo sé; hacer vivir nuestra publicación al mismo tiempo que se hacen los gastos necesarios para permitir ensanchar la propaganda. Se pueden llenar ambos fines si sabemos organizarnos. Es esa organización la que quiero comenzar antes de comprometerme en una empresa que no nos dejaría ya ningún medio de volver a comenzar si abortase.

Habiendo pasado treinta años de mi vida en realizar una obra que, a pesar de su derrota, aparente, ha hecho, quiero creerlo, algún bien, sería duro para mí verme excluido de la que pretende continuarla, forzado, como estaría, a rehusar participar en la tentativa de sabotaje, que es lo que sería en realidad vuestra celeridad imprevisora. Pero yo no puedo

impedir que lo intenten si persisten en ello.

No pediría más que una cosa, y sería, puesto que he firmado el primer manifiesto, que se hiciera una declaración diciendo que no formo parte de la combinación, con una exposición de motivos.

"Esa combinación será una prueba más de mi obstinación, de mi insociabilidad, de la imposibilidad de hacer algo conmigo!" Eso no tiene importancia, estoy habituado a ese género de crítica.

Cordialmente.

Jean Grave."

Para justificar esa precipitación, se invocaba que yo había retardado mi viaje varias veces, como si mi ausencia fuese una razón para aparecer más pronto. Lo que, bien reflexionado, fué, en efecto, su única razón. Actualmente yo habría sabido bien impedir que se tomara el título de los *Temps Nouveaux* al menos.

A pesar de todo yo había esperado que, en último momento, reflexionarían y volverían a una comprensión más sana de la situación. Mi regreso estaba decidido para los primeros días de julio, les pedía que esperasen mi llegada. Esperaba, a pesar del anuncio que habían hecho de reaparición el 16 de julio, que retrocederían a última hora.

Una vez reinstalados en nuestro domicilio, mi mujer y yo fuimos a visitar a Guerin. En esa visita cambiamos una multitud de recuerdos. Al partir solamente le dije a Guerin: "Espero que habréis reflexionado. Volveré para discutir la cuestión a fondo."

"Sí, sí", me dijo Guerin. Algunos días después supe que en ese momento tenía ya en casa el primer número impreso.

No sólo habían pasado por sobre mi resistencia, sino que, si hicieron desaparecer mi nombre, se habían cuidado de indicar, como les había pedido, que dieran las razones por las cuales me había opuesto a la tentativa, o de cambiar el título, como les había pedido en otras cartas.

Así, cuando recibí el primer número, redacté una protesta, en donde, lo más

cortesmente posible, historiaba nuestras disidencias, dando las razones de mi oposición y diciendo que, a creerlos, Francia estaba perdida si su publicación no veía la luz inmediatamente; pero que, sin embargo, yo creía que se engañaban.

Se rehusó insertarla. Fué Pierrot el que sirvió de portavoz a los disidentes. "Si insertamos su protesta — me decía — pasaríamos por vanidosos."

—Yo no les hice duques, les respondi.

Yo, que durante treinta años que dirigí *La Révolte* y *Temps Nouveaux* no les rehusé un artículo, ni modificado una palabra en el original que me enviaron, encontré un poco amargo que se me rehusase, en una revista que llevaba un título que desde todos los puntos de vista, tenía derecho a considerar como algo propio, la inserción de una protesta escrita todo lo moderadamente posible, sin oponer más que hechos, y que, si hubieran sido simplemente honestos, habrían insertado sin vacilación.

Pero me era duro romper con los últimos camaradas de lucha que habían quedado y aislarme. Reduje mi protesta a esta última forma, de que encuentro copia:

"Mis queridos camaradas,

Me es penoso encontrarme en contradicción con vosotros, pero considero prematuro haber anunciado, como reaparición de *Temps Nouveaux*, lo que no puedo considerar más que como continuación del Boletín agrandado.

1.—Se debía crear un fondo de reserva de 8.000 francos. — Ese fondo de caja no existe.

2.—No se debía salir más que cuando se tuviese una cifra suficiente de suscriptores.

(Continuará)

(1) Los hechos, ¡ay!, han demostrado bien que veía claro.

pretar. No se trata, evidentemente, de un derecho absoluto a satisfacer todas las necesidades propias, pues las necesidades son infinitas, crecen más rápidamente que los medios para satisfacerlas, y por consiguiente su satisfacción es siempre limitada por las posibilidades de la producción; no sería ni útil ni justo que la colectividad, para satisfacer las necesidades excesivas, o mejor dicho los caprichos, de algún individuo, se sometiese a un trabajo desproporcionado con la utilidad producida.

Y no se trata tampoco de emplear en la producción todas las fuerzas personales, puesto que eso, tomado literalmente, significaría que es preciso trabajar hasta el agotamiento, es decir, que para satisfacer mejor las necesidades del hombre habría que destruir al hombre.

Lo que nosotros queremos es que todos estén lo mejor posible; es que todos alcancen el máximo de satisfacción con el mínimo de esfuerzo penoso. No podría darle una fórmula teórica que represente exactamente tal estado de cosas; pero cuando se haya quitado de en medio a los patrones y a los gendarmes, y los hombres se consideren hermanos y piensen en ayudarse y no en explotarse unos a otros, la fórmula práctica de la vida social sería encontrada pronto. De cualquier modo, se obrará como se sepa y se pueda, salvo modificar y mejorar a medida que se aprendiese a hacerlo mejor.

Ambrosio. —He comprendido: usted es partidario de la *prise au tas*, como dicen sus camaradas franceses; cada cual produce lo que mejor le parece y lo *echa al montón* o, si usted quiere, lleva a los almacenes comunes lo que ha producido; y cada cual *toma del montón* todo lo que necesita y le place. ¿Es así?

Jorge. —Advierto que usted está decidido a informarse un poco sobre la cuestión y spongo que ha ido a leer los documentos de los procesos más atentamente de lo que lo hace cuando se trata de enviarnos a la cárcel. ¡Si los magistrados y los policías hicieran como usted, lo que se nos roba en los allanamientos a nuestros domicilios serviría al menos para algo!

Pero volvamos al argumento. Tampoco esa fórmula de la *toma del montón* es más que un modo de hablar, que expresa la tendencia a querer substituir el espíritu mercantil de hoy por el espíritu de fraternidad y de solidaridad, pero no indica ciertamente un modo concreto de organización social. Tal vez encuentre entre nosotros quien toma esa fórmula al pie de la letra, porque supone que el trabajo hecho espontáneamente será siempre superabundante y los productos se acumularían en tal cantidad y variedad que harían inútil toda regulación en el trabajo y en el consumo. Pero yo no pienso así: pienso, como le he dicho, que el hombre tiene siempre más necesidades que medios para satisfacerlas y me alegro de ello, porque ese hecho es causa de progreso; y creo que, aunque se pudiese, sería un derroche

absurdo de energía el producir a ciegas para colmar todas las necesidades posibles, en lugar de calcular las necesidades efectivas y organizarse para satisfacerlas con la menor fatiga posible. Por lo tanto, una vez más, la solución está en el acuerdo entre los hombres y en los pactos, tácitos o expresos, a que llegarán cuando hayan conquistado la igualdad de condiciones y estén inspirados por el espíritu de la solidaridad.

Trate de penetrar en el espíritu de nuestro programa y no se preocupe demasiado de las fórmulas, que, en el nuestro como en todos los otros partidos, no son más que una manera concisa e impresionante, pero casi siempre vaga e inexacta, de expresar una tendencia.

Ambrosio. —Pero no se percibe que el comunismo es la negación de la libertad, de la personalidad humana? Tal vez haya podido existir en los tiempos primitivos de la humanidad, cuando el hombre, poco desarrollado intelectual y moralmente, estaba contento cuando podía satisfacer en la tribu sus apetitos materiales; tal vez es posible en una sociedad religiosa, monástica, que se propone la supresión de las pasiones humanas, que se vanagloria de la absorción del individuo en la comunidad conventual y hace de la obediencia el primer deber. Pero en la sociedad moderna, en tanto florecimiento de civilización producido por la libre actividad individual, con la necesidad de independencia y de libertad que atormenta y ennoblece al hombre moderno, el comunismo, si no fuese un sueño imposible, sería el regreso a la barbarie. Toda actividad sería paralizada; toda fecunda emulación para distinguirse, para afirmar la propia individualidad se extinguiría...

Jorge. —Y así sucesivamente...

Basta, no derroche su elocuencia. Esas son frases hechas que conozco desde hace mucho tiempo... y no son más que otras tantas mentiras, desearadas e inconsistentes. ¡La libertad, la individualidad del que muere de hambre! ¡qué cruel ironía! ¡qué profunda hipocresía!

Usted defiende una sociedad en donde la gran mayoría vive en condiciones animales, una sociedad en donde los trabajadores mueren de hambre y de miseria, donde los niños perecen a millares y a millones por falta de cuidados, donde las mujeres se prostituyen para tener qué comer; una sociedad donde la ignorancia entenebrece los espíritus, donde el que es instruido debe vender su saber y mentir para comer, donde ninguno está seguro del mañana — ¡y se atreve a hablarme de libertad y de individualidad?

Tal vez la libertad y la posibilidad de desarrollar la propia individualidad existirán para usted, para una pequeña casta de privilegiados... ¡y ni siquiera! Los mismos privilegiados son víctimas del estado de lucha entre hombre y hombre que corrompe toda la vida so-

cial, y ganarían viviendo en una sociedad solidaria, libres entre libres, iguales entre iguales.

¿Cómo puede usted sostener que la solidaridad perjudique la libertad y el sentimiento de la individualidad? Si disentiésemos sobre la familia — y de ella hablaremos algún día — no dejaría usted de entonar uno de los himnos habituales a esa santa institución, base, etc., etc. Ahora bien, en la familia — en aquella al menos que se glorifica, no en la que existe realmente — reinan el amor y la solidaridad. ¿Sostendría usted que los hermanos serían más libres y desarrollarían mejor su individualidad si, en lugar de quererse bien y de trabajar todos de acuerdo por el bienestar común, se pusieran a robarse mutuamente, a odiarse y a darse bastonazos?

Ambrosio. —Pero para regular la sociedad con una familia, para organizar y hacer marchar una sociedad comunista, se necesita una centralización intensa, un despotismo de hierro, un Estado omnipotente. ¿Figúrese qué potencia opresiva tendría un gobierno que dispusiera de toda la riqueza social y asignase a cada uno el trabajo que debe hacer y la parte que puede consumir!

Jorge. —Ciertamente, si el comunismo tuviera que ser como lo concibe usted y alguna escuela autoritaria, sería imposible o, si fuera posible, se resolvería en una colosal y complicadísima tiranía, que provocaría necesariamente después una gran reacción.

Pero nada de todo eso hay en el comunismo que nosotros queremos. Nosotros queremos el comunismo libre, *anarquista*, si la palabra no le ofende. Es decir, queremos que el comunismo se organice libremente, de abajo a arriba, comenzando por los individuos que se unen en asociaciones y continuando poco a poco por federaciones cada vez más complejas de asociaciones, hasta abarcar toda la humanidad en un pacto general de cooperación y de solidaridad. Y como ese comunismo se habrá constituido libremente, libremente también deberá mantenerse, por la voluntad de los interesados.

Ambrosio. —¡Pero para que todo eso fuese posible sería necesario que los hombres fueran ángeles, que fuesen todos altruistas! Y, al contrario, el hombre es por naturaleza egoísta, malo, hipócrita, haragán.

Jorge. —Ciertamente, para que sea posible el comunismo se necesita que los hombres, en parte por impulso de sociabilidad y en parte por una justa comprensión de sus intereses, no se odien entre sí y quieran ir de acuerdo y ayudarse mutuamente. Pero esto, lejos de ser una imposibilidad, es ya hoy un hecho normal y general. La presente organización social es causa permanente de antagonismos y conflictos entre las clases y los individuos; y si, no obstante, la sociedad puede mantenerse y no degenera literalmente en una horda de lobos que se devoran entre sí, es precisamente por el